

**MEMORIAS DE
MONTPARNASSE**

1

INVIERNO EN MONTREAL, 1927. La vida de estudiante en la Universidad McGill me ha deprimido hasta el punto de no poder continuar con ella. No estaba aprendiendo nada; el plan de estudios estaba previsto como mucho para que me convirtiera en un profesor destinado a dirigir a otros en su debido momento por la misma senda de hechos sin vida. Sólo tenía diecisiete años y me dominaba la sensación de que estaba echando a perder mi tiempo y mi juventud.

Cuando le conté a mi padre que me negaba a ir a la universidad por más tiempo (entonces estaba en tercero) y había decidido escribir poesía, dijo que eso les suponía una gran decepción a él y a mi madre, que era un ingrato y carecía de hombría y tendría que trabajar; él me permitiría seguir viviendo en casa. Después de pensarlo unos minutos, decidí que dejaría al mismo tiempo tanto la universidad como la casa familiar y viviría con mi amigo Graeme Taylor.

Mi auténtico problema era una combinación de precocidad, impaciencia e incapacidad para recibir nada más que

lo de los libros. Vivía en un clima de desasosiego, desdén, frecuentes éxtasis y desesperación ocasional. Graeme, sin embargo, ya armonizaba el gusto por la literatura con la ambición por conseguir dinero de ella. Por lo demás, estábamos unidos por la camaradería, el desprecio por todo lo que representaba el mundo de los negocios, la ciudad de Montreal y el ambiente canadiense, y un deseo de largarnos. Sabe Dios lo que nos habría pasado si no nos hubiésemos atendido con energía a esos sencillos principios.

Tomamos un ruinoso apartamento en la calle Metcalfe y encontramos trabajo en la compañía de seguros Sun Life de Canadá. En nuestro tiempo libre yo me lancé a componer poesía surrealista y él continuó planeando la gran novela canadiense. Pero era en el sueño de París en el que nuestras ideas se concentraban de modo vago pero intenso. Eso nos permitía seguir; sin eso no podríamos haber encarado la rutina cotidiana de levantarnos a las ocho en punto todas las mañanas, bañarnos en una pequeña y desagradable bañera, vestirnos sin ninguna atención a los detalles e ir dando trompicones por la calle gélida camino de un honrado día de trabajo.

Nuestro sueldo apenas nos daba lo suficiente para vivir. Pero la situación mejoró pronto gracias a dos de nuestros amigos de la universidad, Pratt y Petersham. Al enterarse de que teníamos un apartamento en el centro, una tarde se pusieron sus abrigos oscuros y sus bombines y nos hicieron una visita para proponernos pagar diez dólares al mes cada uno por el privilegio de llevar mujeres allí una vez por semana, de nueve de la noche a una de la madrugada.

Los veinte dólares añadidos supusieron una ayuda, y no resultaba difícil mantenerse lejos del apartamento hasta avanzada la noche de los miércoles y sábados; además, pronto resultó que Petersham no usaba el lugar (su noche era la del miércoles), aunque continuó pagando. Pero unos cuantos amigos más se enteraron del arreglo y solicitaron las mismas condiciones. El apartamento estaba caliente, era silencioso, seguro, estaba bastante limpio y contaba con una entrada privada desde la calle. Pronto estábamos ganando setenta dólares al mes, lo que cubría el alquiler.

La dificultad era que entonces yo tenía que componer mis poemas durante las primeras horas de la mañana, y llegaba a Sun Life medio dormido. Hacia las diez terminaba mi trabajo de por la mañana de mandar por correo las primas de cinco y diez centavos por seguros de defunción que pagaban trabajadores chinos de Hong Kong, y luego me iba a acostar a uno de los servicios del sótano, donde me hacía un nidito con mi abrigo de mapache, que me llegaba hasta la altura del tobillo. Al cabo de dos meses me llamaron al despacho del jefe del departamento y me dijeron que pidiera más trabajo en cuanto hubiera terminado el que me correspondía, y si no había ninguno, por lo menos que me mantuviera sentado decentemente en mi mesa. La perspectiva fue tan deprimente que aquel día comuniqué al departamento de personal mi aviso de despedida con dos semanas de antelación.

Nos encontrábamos así una vez más con problemas económicos, y para firmar las paces con mi padre le llamé a la mansión de la familia una semana después. Él sugirió que regresara a casa, que volviera a ir a la Universidad McGill,

y que trabajando duro me pusiera al día de los meses que había perdido.

Me tuve que negar una vez más. Ya tenía bastante de la vida universitaria. Estaba más decidido que nunca a ser poeta.

Llevaba mucho dándome cuenta de la decepción que yo les suponía a mis padres. Mi padre siempre había querido que me dedicara al derecho; me imaginaba con toga de juez. A mi madre, por su parte, le habría gustado que formara parte de la Iglesia: me veía de obispo. Esas imágenes, y todo lo que implicaban, se me echaron encima entonces con tal horror renovado que apenas fui capaz de mantenerme en pie, y empecé a darme cuenta de que eran más fuertes de lo que había creído.

—Me he enterado de que tú y tu amigo Taylor os dedicáis a regentar algo muy parecido a una casa de mala fama en la calle Metcalfe —dijo mi padre—. El coronel Birdlime, del Departamento de Asuntos de Extramuros de McGill, me dice que lo sabe todo el mundo. Y yo mismo me he enterado de ello en el club.

—Bueno, cobramos un pequeño alquiler.

Quedó en silencio un momento, pasándose la mano por el hoyuelo de la barbilla.

—¿Todavía quieres emprender una carrera literaria?

Cuando le contesté que sí, me ofreció una asignación de cien dólares mensuales si vivía de un modo más discreto.

Era más de lo que yo esperaba. La vía a París ahora estaba abierta. Pero resultó más difícil convencer a Graeme de que me acompañase. Dijo que no quería vivir a costa mía.

—No, pero he estado pensando en el marido de tu prima Jane, el de los ferrocarriles nacionales del Canadá. Podría conseguirnos un viaje gratis a Europa en un carguero de la Marina Mercante. Eso vale lo mismo que trescientos dólares.

—Cierto.

Durante las dos semanas siguientes esperamos, sentados silenciosamente en mugrientas oficinas del centro mientras se tocaban las cuerdas precisas, pasando sigilosamente de un edificio del gobierno a otro, astutamente de manos de un funcionario a otro. Por fin Graeme recibió una nota: íbamos a zarpar en tres días en el *Canadian Traveller*, un carguero del gobierno de novecientas cincuenta toneladas que partía de Saint John, New Brunswick, el 4 de febrero y nos llevaría a Amberes. A Graeme le daban gratis el pasaje y yo tenía que pagar un precio simbólico de cincuenta dólares.

Graeme tenía un examen adicional para conseguir la diplomatura en McGill al día siguiente. Pero nuestras noticias fueron tan apocalípticas que se dirigió al Scott's de la calle St. Catherine y se compró un sombrero negro bohemio de ala ancha.

¡París! Lo conseguimos, después de todo. Es desde donde estoy escribiendo ahora, sólo tres meses después de dejar Montreal. Se trata de una noche de primavera en la Rue Broca, y brilla la luna en las esculturas inacabadas del patio exterior del gran estudio al que nos trasladamos la semana pasada. El olor de algún arbusto florecido entra por el ventanal y hay un pájaro que canta en algún punto del jardín tapiado del convento de las ursulinas de la esquina con la

Rue de la Santé. Aquí, en el barrio Glacière, no estamos tan cerca de Montparnasse como estuvimos, pero es un lugar mejor que la caliente habitación tan pequeña del hotel Jules-César, en la esquina del Dôme con el Dingo. Y muy tranquilo. Puedo notar por primera vez el movimiento de mis ideas, el pulso de mi juventud; como se supone que es a los dieciocho años. Tengo suerte de estar aquí, en esta ciudad que me gusta más cada día. ¿Qué pretendo hacer con mi juventud, mi vida? ¡Vaya! Pues voy a pasarlo bien.

Aquí, como dice esa chica de Eliot, te sientes libre. París le hace algo a uno, Dios sabe qué. Pretendo escribir, naturalmente; pero no demasiado. La literatura no es tan importante como la vida, y he hecho mi elección. Ya he abandonado el surrealismo y he decidido escribir mis memorias —no un diario, sino un registro de mi vida escrito en capítulos, como uno de los libros de George Moore—, aplicar una forma narrativa a todo lo que ha pasado desde que dejamos Montreal el febrero pasado.

Ya se está haciendo tarde, el pájaro del convento ha dejado de cantar, y hay un tenue tinte rosado y grisáceo en el cielo. Pronto

*el fuego de Apolo que se alza
cada nube oriental en una pira plateada convertirá.*

Graeme, en su pijama azul cielo, está tumbado en la cama, su cara me mira fijamente, aplastada de lado en la almohada. Tiene sueño, y ha estado esperando a que apague el gas y me meta en la cama. Cuando me pongo nuevamente a escribir, su voz me sobresalta en el silencio.

—Te acabo de ver en sueños... Eras un viejo con patillas que escribía...

Pasamos nuestra última noche en Montreal yendo de un bar a otro y terminamos en un club nocturno que se llama Los Jardines Venecianos, donde vi a Pratt y a Petersham. Mientras Graeme bailaba inestable con una de las chicas del bar, se acercaron, sentándose conmigo.

—He oído que los dos os largáis al Continente mañana —dijo Pratt—. ¿Cómo influye eso en nuestro acuerdo?

—Están pagadas dos semanas de alquiler. Ahora podéis tener el apartamento todo el tiempo que queráis.

Se miraron uno al otro.

—Me fío de ti, viejo.

—No queremos aprovecharnos —dijo Petersham—. ¿Cuánto vale?

—Digamos que treinta dólares.

Con casi un movimiento coordinado echaron mano a sus carteras.

—A partir de mañana por la noche —dijo Petersham.

—Me fío de ti, viejo —dijo Pratt.

Durante el resto de la noche bebí sin duda demasiado champán.

Más tarde, en el recalentado apartamento que olía a cerrado, me tumbo en la cama sin atreverme a cerrar los ojos, no sea que las cosas empiecen a darme vueltas. Graeme roncaba, aparentemente sin pensar en su examen de unas horas más tarde, cuando salí de la habitación y bajé al retrete del descansillo, donde vomité. Volvía tambaleante al dormitorio cuando oí violentos puñetazos y patadas en

la puerta de la calle y escuché que gritaban mi nombre con nerviosismo desde fuera.

Abrí la puerta y Bertie Ballard, un bala perdida gordo y menudo que era uno de los subarrendados, entró rápidamente con una mujer de sombrero rojo siguiéndole, trayendo una ráfaga de viento frío con él. Llevaba abrochado hasta arriba su enorme abrigo de mapache plateado, y su rostro circular serio, por encima del cuello de piel alzado, parecía una gallina sentada en su nido. Se puso a explicar en un susurro por qué había llamado a las cinco de la madrugada.

—Pero ni siquiera es la noche que te toca.

—Ya lo sé. Pero no me echas, por el amor de Dios, todo lo demás está cerrado. Me la llevo trabajando toda la semana. No tardaré mucho.

Abrí la puerta del dormitorio y empujó a la mujer delante de él. Ella se ocultaba la cara, pero creí reconocer a la cajera de un restaurante de los que abren toda la noche.

Al despertarme tarde a la mañana siguiente encontré el apartamento maravillosamente vacío. Me afeité y me vestí con cuidado, sin apenas creer que aquél fuera mi último día en Montreal. Entonces llegó la patrona.

—Estaba pensando —dijo con acento educado pero mordaz, mientras sus ojos recorrían la habitación— que debería cobrar un extra por el estado inmundo en que tiene este apartamento. Nunca tuve a ningún inquilino que hiciera lo que hacen usted y todos los demás caballeros.

—Sí, sí, señora Casey —dije yo, queriendo que se largase de la habitación en una mañana tan hermosa—. Lo dejaremos todo arreglado cuando llegue el momento.

Salí. El encanto de última hora de la mañana era cegador. La nieve, el aire azul, el crujir de los pies en la endurecida acera —¡todo es tan duro y como diamantino a las once de la mañana en Canadá!—. Tres manzanas de casas más allá, pensé, los bordes rizados del día se pliegan en las paredes de granito de la compañía de seguros Sun Life, mientras en su interior los hombres y las mujeres están muy ocupados negando a sus dioses oscuros. Fue un pensamiento solemne considerar que sólo la suerte me había sacado de entre ellos.

Anduve por la calle St. Catherine camino del club de estudiantes de McGill, con grupos de empleadas de tiendas que pasaban para su almuerzo temprano con sus sombreritos de ganchillo, bien envueltas en sus abrigos y con los chanclos resonando, y los jóvenes con abrigos adaptados a su forma y pantalones anchos por abajo. Esperé a Graeme en los escalones del club, pues no quería ver a mis antiguos compañeros ni responder preguntas. Pronto le vi avanzando trabajosamente por el campus, y delante, casi ocultándole, la inmensa forma de Sir Arthur Currie, rector de la universidad, poseedor de una docena de doctorados honoris causa y ex jefe militar de las Fuerzas Expedicionarias Canadienses. ¡Qué mala imagen la de Graeme, con su largo abrigo verde y su sombrero negro, asomando por detrás de aquel símbolo del ejército con botines blancos, vestido como el director del *Vanity Fair*!

Graeme aún no sabía si había aprobado el examen.

—Ya me enteraré —dijo—. Recibiré la noticia en París. Ahora tenemos el tiempo justo para una buena comida, hacer las maletas y subir al tren.

Habíamos reunido más pertenencias de lo que creíamos. Cuando todo estuvo guardado nos dimos cuenta de que necesitaríamos tres taxis para llevarnos a la estación. La habitación pronto estuvo llena de taxistas que luchaban entre ellos por cargar con los baúles menos pesados. Al más bajo, que le tocó cargar con el baúl de mi ropa, le regalé mis botas para la nieve nuevas, que ya no necesitaría.

Me sorprendía que la señora Casey no hubiera salido disparada de su sótano en cuanto empezó a haber movimiento de baúles. Por una vez la cogimos echando una siesta. Sólo apareció cuando estaba todo cargado, y salió a los gélidos escalones, subiendo y bajando enrabietada y tratando de gritar por encima del bramido de los taxis; confiándosela silenciosamente a Pratt y Peter-sham, hice señal de que se iniciara la marcha. Como dentro de los taxis no había sitio, Graeme y yo tuvimos que ir en los estribos del de cabeza y por tanto contábamos con una hermosa vista de la calle St. Catherine, toda iluminada, mientras nuestra pequeña flota de coches daba tumbos y patinaba en las vías del tranvía camino de la estación Bonaventure.

Casi hasta el mismo momento de subir al tren me sentí mal debido a una ansiedad irracional. Apenas podía creer en nuestra suerte, y durante todo el tiempo en que verificaron nuestro equipaje y visaron nuestros pasajes no dejé de imaginar que en Canadá todavía nos esperaba algún desastre. Sólo cuando recorríamos el andén de la estación levantando ecos detrás de los maleteros, nuestros brazos llenos de bastones, mantas de viaje y abrigos,

bajo el gran techo de madera que cubría las vías y con la locomotora soltando hollín y vapor, pude relajarme y disfrutar del primer momento de exaltación mientras andábamos junto al tren con destino al puerto de Saint John.